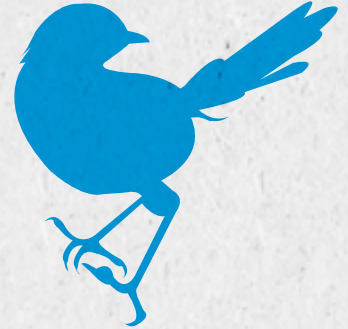


Nicolás Lara Cerezo



EL LECTOR QUE SUEÑA CON PÁJAROS CONGELADOS

XXXIII PREMIO DE RELATO CORTO

1^{er} FINALISTA 2023



Nicolás Lara Cerezo

seudónimo **MANUEL NEZ**

Nicolás Lara Cerezo nace en Málaga el 3-11-1961. Diplomado en Profesorado de Educación General Básica. Especialidad: Lengua Española e Idiomas Modernos por la Escuela Universitaria del Profesorado de Educación General Básica de Málaga. Ejerce su labor docente en un colegio de la capital de la Costa del Sol. Ha participado en varios certámenes de cuentos, relatos y microrrelatos.

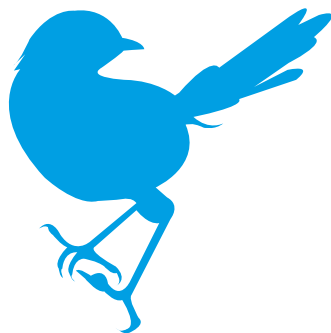
SINOPSIS

El robo de un libro que posee un gran valor hace que se entrelacen las vidas e intereses de una serie de personajes que trabajan en un taller de encuadernación.

La obra literaria se presenta como un personaje más, aglutinando toda la trama que desemboca en un desenlace inesperado.

XXXIII PREMIO DE RELATO CORTO
1^{er} FINALISTA 2023

EL LECTOR
QUE SUEÑA **CON**
PÁJAROS
CONGELADOS



Esta obra ha sido seleccionada como primer finalista por el jurado del XXXIII premio de relato corto Policía Nacional, conformado por: José Manuel Pérez, Antonio Rodríguez, Javier de Pedro, Antonio José López-Alcahut, José Vidal, José Luis de Tomás, María Antonia Sanabria, Daniel Sánchez, Llanos Navarro, Francisco Jiménez, José Manuel Martínez, Concepción García y Miguel Garví.

.....

Edición:

Fundación Policía Española

Dirección:

Eulalia González Peña
María Jesús Llorente Vega

Autor:

Nicolás Lara Cerezo

Diseño y maquetación:

Área de Publicaciones de la SGGT de la Policía Nacional:
Carmen Baz Crespo
Javier Benito Aguado
Joaquín Alcaide Fernández
Francisco Ginés Herrera Castro

Imprime:

Monterreina Comunicación SL

ISBN: 978-84-09-59248-7

Depósito legal: M-6241-2024

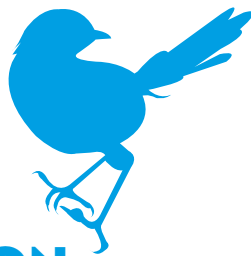
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier otro medio, sin la preceptiva autorización.

.....



Nicolás Lara Cerezo

EL LECTOR QUE SUEÑA CON PÁJAROS CONGELADOS



En la fila del autobús Mario observa las figuras que van subiendo los escalones del vehículo, intuye que cada persona tiene una historia peculiar que merece la pena indagar.

De forma sutil se recrea en los pequeños detalles que determinan los aspectos de la personalidad y que sólo son legibles a unos ojos atentos. Su mirada busca los rasgos más interesantes, extraños o peculiares y sobre ellos plantea su hipótesis.

La mente le hace jugar con un rompecabezas de adivinación, un juego inofensivo para elucubrar una serie de situaciones que asocia a cada persona que se sienta a su lado en el trayecto al trabajo.

–Seguro que ha desayunado en un bar, tiene las manos manchadas de café. Murmura mientras mira de reojo al hombre rechoncho que se agarra, con respiración agitada, al pasamanos del asiento.

–Es una madre con varios hijos, ha tenido que prepararles el desayuno antes de salir de casa, su marido está en paro y ella tiene un trabajo que detesta, pero que necesita –piensa al contemplar una mujer con cara de resignación. Es un gran aficionado a las novelas de detectives, ha leído casi todas las obras de Agatha Christie y Conan Doyle; se ve como un Holmes moderno o un Hércules del siglo XXI.

Entre los dos personajes se identifica más con Poirot.

Aprecia la sutileza del belga frente a los desafíos que le plantean, la agudeza de sus deducciones y las conclusiones que expresa para resolver los casos.

De Sherlock admira la gran inteligencia que posee, pero rechaza el aire de superioridad que transmite.

Mario se considera una persona afortunada, aunque no lo aparenta.

–Todo el mundo no puede decir que trabaja en lo que le gusta –asegura a su hermano.

Pedro es su hermano, trabaja en el departamento de informática de una empresa multinacional, se ha labrado un futuro a base de esfuerzo y sacrificios junto a una mujer, dos hijos y una hipoteca que le quita el sueño cada vez que sube el euríbor.

Mario es el pequeño, lector empedernido, observador e introvertido; no quiere sobresalir en ningún sentido. Su mundo es interno y en él se realizan todos sus sueños.

Cuando era un joven de dieciocho años Mario entró a trabajar en un comercio de la capital. Un día el dueño le llevó ante un frigorífico que tenía en la trastienda, lo abrió y sacó un jilguero congelado diciendo:

–¿Crees que hay derecho?

La imagen del pájaro le impactó, salió de la tienda sin mirar atrás y nunca más volvió. Aún hoy se pregunta:

–¿Por qué le enseñó aquel pájaro?

Después encontró trabajo en una pequeña tienda de electrodomésticos, al segundo día el dueño le comentó que había perdido el perro de sus hijos y que estos estaban muy tristes, le mostró una correa y le pidió que saliera a buscarlo. Mario cogió la correa, salió a la calle y la tiró en la primera papelería con la que se tropezó, después se fue a la playa y se olvidó de la tienda para siempre.

En aquella etapa de su vida decidió estudiar Filosofía y Letras, tardó varios años en terminar los estudios, mientras tanto se mantenía de pequeños trabajos que

le permitían tener tiempo para sí mismo y así poder leer libros de forma compulsiva.

Ahora Mario trabaja en una pequeña encuadernación situada en un local no muy grande en un barrio de Málaga. Cada mañana al ocupar su asiento un fuerte olor le llena de felicidad, es el olor a libros por hacer.

Mario distingue perfectamente cada sensación, sombra o estímulo que se produce en su trabajo. Sabe preparar el hilo para coser los tomos por el color de la cera con la que se embadurnan y adivina el momento de poner la piel a los libros por el aroma que se desprende.

La encuadernación pertenece a Juan, un hombre de edad madura con una barba negra recortada que esconde una sonrisa distante con un trasfondo que no permite avistar. Es una persona aparentemente honesta, amante de los libros; realizaba su trabajo lo mejor que puede según sus conocimientos.

No hace muchos años que Juan llegó a la ciudad inaugurando la encuadernación poco después. No tenía mucha experiencia en este tipo de trabajos, aunque no lo demostraba.

Juan nunca habla de su lugar de origen, el acento denota que ha vivido en el norte de España o en el extranjero.

También está Ignacio, su principal ambición es quedarse un día con el negocio para utilizarlo como una tapadera de otros intereses no muy claros.

Ignacio sabe que Juan nunca lo va a despedir, ambos comparten un secreto en un pasado común y mantienen una relación distante.

A Mario no le gusta Ignacio, presiente que encierra una personalidad polivalente que en cualquier momento puede estallar, a veces los espía en silencio y se pregunta:

—¿Qué secreto comparten?

Los compañeros de Mario lo ven como una persona inofensiva sin aspiraciones, creen que es un trabajador sin la consistencia ni el empuje para afrontar los vaivenes que plantea la vida, desconocen todo el potencial que esconde.

A Mario le gusta que no le presten atención, desea pasar inadvertido y procura no hacer nada que altere esta idea, aunque no hay detalle ni movimiento que no es captado por su aguda percepción para analizarlo posteriormente. Todos los días dos personajes más se añaden al ecosistema de la encuadración: María, la limpiadora y Paul, amigo de Juan.

María es una mujer de mediana edad, simpática y dicharachera, está siempre limpiando algo o fregando el suelo, pero a veces una sombra oscurece sus ojos. Atrapada en una vida monótona, busca una salida para huir de un marido que la espera en casa para gastar el dinero que ella aporta.

Paul es un amigo reciente de Juan, prejubilado de una empresa, malvive con una pequeña paga que no le permite ningún capricho en una soledad no deseada.

Mario los observa de forma imperceptible, los ha estudiado detenidamente mientras intenta adivinar qué piensan o qué esconden en su interior. El trabajo de Mario no es complicado, lo lleva haciendo más de año y medio, cose los fascículos para darles la consistencia que necesitan antes de ponerles las tapas.

Las labores más complicadas las hacen Juan e Ignacio, pese a sus limitaciones, miden, cortan y dan los últimos retoques antes de grabar las letras en el lomo de los libros.

Mario no cobra mucho, pero se siente realizado cada mañana al coger el autobús que le lleva a un trabajo que le gusta.

Aquel día apenas la notó entrar, estaba tan ensimismado en su tarea que le sorprendió verla con una carpeta en los brazos mientras decía:

– ¿Podrían informarme para restaurar un libro?

Los ojos de Mario recibieron un impacto al recorrer la cara y el cuerpo de la mujer. Tenía el pelo rubio no demasiado largo, su silueta y ademanes parecían sacados de una película de Bogart.

–Es el personaje femenino perfecto para “El halcón maltés” –murmuró Mario mientras la miraba.

–Por supuesto –dijo Juan dirigiéndose a la mujer.

Juan le ofreció una silla frente a su mesa, hablaron varios minutos y poco después la mujer marchó dejando un libro en las manos de su interlocutor. Con el libro en las manos Juan murmuró con sorpresa:

–Es una primera edición de 1922.

Mientras Juan llevaba el libro Mario pudo leer en el lomo: “Ulises”. Entendía lo suficiente de literatura para saber que una novela titulada con ese nombre y editada en los años veinte del siglo pasado sólo podía ser la que escribió James Joyce.

Juan estuvo un buen rato ojeando el libro intentando buscar las imperfecciones que se pudieran restaurar, tenía que dar un presupuesto en varios días. Envolvió el libro en una tela que se encontraba en la estantería y lo guardó en un cajón del escritorio bajo llave, después volvió a dejar la llave en un tarro.

Rara vez Juan guardaba algo en ese cajón y menos con la llave echada, eso fue un acto que no pasó desapercibido para ninguno de las cuatro personas que solían estar presentes en la imprenta.

Pasaron los días y la mujer no volvía para informarse sobre el presupuesto y recoger el libro. Era extraño, se intuía que era un ejemplar de cierto valor y no era conveniente tenerlo más tiempo que el necesario.

Transcurridas varias semanas un hombre con aire despistado llegó a la encuadernación haciendo preguntas sobre los libros que se encuadernaban o restauraban, más tarde se identificó como policía.

El inspector Benítez lleva muchos años en el Cuerpo, está especializado en investigar robos de antigüedades y obras de arte.

A Benítez le han asignado la cooperación con la policía de Inglaterra referente a un robo realizado en Londres. Los ladrones habían sustraído un libro que se exponía para ser subastado con un precio de salida equivalente a doscientos mil euros, el libro es uno de los cien primeros ejemplares de la edición de 1922 de “Ulises” de James Joyce.

La policía inglesa informó a la policía española sobre la posibilidad de que los ladrones estuvieran en la Costa del Sol y aquí es donde entra el inspector Benítez.

La policía española localizó a los ladrones en Málaga, un hombre de nacionalidad inglesa y una mujer nacida en España con residencia en Londres. Tras seguirlos durante varios días los delincuentes tuvieron la mala fortuna de sufrir un accidente mortal al intentar huir por la carretera que une Marbella con Málaga.

Benítez frunció el ceño, ahora sólo le quedaba encontrar el libro y al menos ofrecerlo como eficacia de su labor. El libro no estaba en el coche ni en las pertenencias de los fallecidos, lo tenían que haber dejado en algún lugar de la ciudad con la idea de recogerlo más tarde.

El inspector Benítez estuvo un tiempo investigando sus contactos sobre posibles compradores del libro, conocía ciertos ambientes donde una obra de ese valor tenía fácil salida.

Recorrió las librerías de segunda mano intentando encontrar alguna que se hubiera prestado a “presentar” el libro a posibles interesados, pero no encontró nada.

Sabía que el libro valía una suma muy importante y que estaba notificado como una obra robada, lo que le llevaba a pensar que el posible comprador tenía que ser un coleccionista o un millonario sin escrúpulos.

Después de pensarlo mucho tuvo una idea descabellada:

- Tal vez llevaron el libro a una encuadernación para pedir presupuesto haciendo creer que lo querían restaurar y así lo tenían en un lugar a salvo durante varios días.

En la capital de la Costa del Sol no hay muchas encuadernaciones, pero sí las suficientes como para tardar varias jornadas en visitarlas.

La encuadernación de Juan era la quinta en su lista, las anteriores desconocían el paradero del libro.

Al entrar en el local, Benítez tuvo una sensación extraña, sus pálpitos siempre le habían ayudado a resolver algunos casos.

De los cuatro personajes que observó en el local sólo Mario le llamó la atención, los demás parecían personas castigadas por la vida con el objetivo claro de aprovechar la menor oportunidad para cambiarla.

En Mario veía una mirada inexpresiva que escondía una inteligencia superior, lo que le sorprendió.

Tras identificarse, el policía explicó la razón de su visita sin mencionar el verdadero valor del libro que venía a buscar.

Juan le confirma que hace unas semanas le dejaron un libro para presupuestar una restauración, pero no vinieron por el presupuesto ni por el libro.

El inspector intentó no expresar en su rostro el sentimiento de alborozo que recorría su interior mientras preguntaba:

–¿Me lo puede enseñar?

Juan buscó en el tarro de la estantería, de allí sacó una llave y con ella abrió un cajón que estaba debajo de su mesa.

–Aquí lo tiene –dijo antes de mirar en el interior del cajón para decir después con fingida sorpresa –¿Dónde está el libro?

Era la cuarta vez que repetían lo mismo, todos estaban ya cansados.

Los policías preguntaban de forma repetitiva a las cuatro personas que se encontraban en la estancia cuando Juan guardó el libro y cerró con llave el cajón.

Ignacio ratificó todo lo que Juan había dicho: la llegada de la mujer con el libro, la descripción física de la misma y el momento en el que se guardó el libro bajo llave.

A Benítez le daba mala espina Ignacio, le había investigado y sabía que realizó actividades delictivas en el pasado.

El inspector tenía razón, Ignacio se había llevado el libro del cajón. A la salida utilizó una excusa para volver al taller, cogió la llave del tarro y guardó el libro entre sus ropas. Después pensaba volver por la noche, forzar la puerta y aparentar un robo; esto último no lo pudo hacer al notar un coche sospechoso en la puerta del edificio.

La sorpresa para Ignacio fue mayúscula al llegar a su casa y sacar el libro de entre sus ropas para comprobar que... ¡Era otro libro!

Ignacio comprendió al momento que Juan le había engañado y no podía decir nada sin comprometerse.

En los días siguientes, Juan e Ignacio se lanzaban miradas que ninguno de los dos lograba descifrar.

Delante del inspector Juan se mostró seguro, confirmó todo lo que se había dicho con anterioridad.

Desde el principio Juan reconoció el verdadero valor del libro. En su pasado fue conocido en el mundo de las antigüedades de gran valor, se había dedicado a conseguir por encargo diferentes tipos de material sin importar los medios que utilizaba. Unos de sus objetivos fue este libro, pero jamás estuvo a su alcance.

Juan no pudo dejar pasar la ocasión, significaba a corto plazo un cambio a una vida que aún anhelaba. No contó a la policía que al guardar el libro lo había cambiado por otro similar, colocando el verdadero en una estantería llena de libros viejos. Nadie se había percatado de esa acción, fue muy rápida y lo hizo de espaldas a la puerta. Sabía que Ignacio no resistiría la tentación de robar un objeto de cierto valor y esperaba que lo intentara para después demostrar su culpabilidad y él podría vender la obra con toda la tranquilidad del mundo. Por eso no le sorprendió que el “falso” libro no estuviera en el cajón donde lo guardó bajo llave.

Más tarde Juan fue a coger el libro que escondió y... se quedó boquiabierto: ¡No estaba!

Juan tenía que mantener su versión, aunque creía que Ignacio le había ganado por la mano, no podía echarle la culpa sin inculparse él mismo. La limpiadora y Paul, el amigo prejubilado de Juan, ratificaron todo lo que se había dicho anteriormente.

La limpiadora dijo que había visto guardar el libro en el cajón y siguió limpiando como hacía cada día. Ella no comentó que se dio cuenta que el libro tenía valor y lo intentó coger por necesidad, otras veces había realizado pequeños hurtos sin importancia, después desaparecería para no volver.

La limpiadora aprovechó que todos habían salido de la habitación, cogió la llave y abrió el cajón, pero el libro ya no estaba. La sorpresa fue de

campeonato, el cajón estaba vacío, volvió a cerrarlo guardó la llave y salió. Paul fue interrogado apenas unos minutos, se limitaron a preguntarle lo que ya sabían. Él también observó las posibilidades del libro, pero no tenía valor para apoderarse del mismo.

El inspector Benítez interrogó a Mario de una forma minuciosa, no llegaba a descifrar la personalidad de una persona que se mostraba tan inalterable, había algo que no le cuadraba.

Había investigado sobre él y sabía que era una persona que jamás había tenido problemas con la ley.

Mario contestaba a todas las preguntas con seguridad, ratificó todo lo que los otros habían dicho y dejó una sensación de aparente sinceridad.

El inspector no tenía ninguna prueba que inculpara al interrogado.

Lo que no dijo Mario es que fue él quien se llevó el libro.

El rápido movimiento de Juan cambiando el libro de lugar no pasó inadvertido para Mario, vio cómo Juan colocaba el verdadero libro en la estantería y aprovechó un momento de descuido para cogerlo y esconderlo entre los libros que tenían que mandar por correo.

Mario metió el libro en un sobre para correspondencia, lo cogió junto con los otros sobres que contenían libros, después los llevó a la oficina de Correos más cercana. Él era el encargado de realizar esa labor en la encuadernación y no era extraño que saliera para ese menester.

En Correos tramitó el envío de los libros a las diferentes direcciones, el sobre que contenía a “Ulises” lo envió a una dirección de un apartado que él tenía. En unos días lo pudo recoger con toda tranquilidad. Tardarían en saber que el libro había desaparecido y pensarían que lo robó un ladrón ajeno a la encuadernación.

Mario se había llevado el libro al ver los ojos de codicia de Juan e Ignacio, no pudo evitar entrar en el juego de medir su astucia con la de ambos para mostrarse a sí mismo que era capaz de hacerlo sin ser descubierto, pero no contaba con la tenacidad del astuto policía encargado del caso.

Le satisfacía tener un oponente que le pusiera las cosas difíciles, le hacía extremar aún más las precauciones.

El inspector era astuto, sus preguntas eran incisivas y punzantes.

Benítez recibió una propuesta extraoficial que le garantizaba una importante gratificación si lograba encontrar el libro y entregarlo a un misterioso personaje. Sabía que la oferta era sincera, por ese motivo estando tan cerca de la jubilación no paraba de dar vueltas a esa posibilidad.

Los interrogatorios policiales no daban frutos y se decidió que el libro había sido robado por la noche, seguramente otros ladrones rivales habían seguido a la mujer hasta el local, tuvo que ser un trabajo rápido y limpio para que los empleados no notaran el robo hasta días después.

Esta fue la conclusión a la que se llegó y el caso continuó abierto, pero el ladrón o ladrones del libro ya no eran buscados en la encuadernación. Al final Juan e Ignacio dejaron de sospechar el uno del otro y varios meses después, sin previo aviso, se cerró la encuadernación; desapareciendo ambos desde ese momento.

Una tarde de primavera Mario coge un autobús en la ciudad de Granada. Se había mudado a la ciudad nazarí después de dejar Málaga, hace ya dos años. Esa tarde estaba observando y elucubrando sobre las diferentes personas que subían al vehículo cuando una cara familiar se sentó a su lado.

Lo reconoció enseguida, era el inspector Benítez, el policía encargado de la investigación de cierto libro desaparecido.

Benítez se encontraba jubilado, representaba a una sociedad particular que se dedicaba a encontrar obras perdidas, estaba en Granada buscando un cuadro cuando subió al autobús de Mario entablando conversación con él. Benítez le comentó que la investigación del libro fue muy exhaustiva, investigaron hasta los remitentes de los correos que salían de las oficinas cercanas a la encuadernación.

El expolicía confesó que le llamó la atención el remite que constaba en un paquete que había salido para el apartado de correos de un desconocido, en ese remite figuraba el enigmático nombre de “Leopold B.” junto con una firma muy parecida a la de Mario.

Estos pequeños detalles el inspector no los mencionó en el informe que realizó en su momento, tenía el presentimiento que estos datos le iban a ser de utilidad en el futuro.

Al bajar Benítez se despidió con un efusivo “hasta pronto” acompañado de una sonrisa traviesa no exenta de cierta complicidad.

–Las casualidades no existen– pensó Mario con el ceño un poco más arqueado que otras veces.

Mario sabía que no tenía que haber puesto el nombre del personaje principal o del libro en el remite del impreso en Correos, pero no pudo evitar un pequeño gesto de vanidad. La firma pudo ser un descuido, intentó hacer una grafía ilegible, pero la rapidez hizo que la letra le saliera más similar a la suya de lo deseado.

Mario siente verdadero placer en la biblioteca del Departamento de Filología Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada, le gusta leer los libros en versión original, cree que los textos pierden parte de su esencia al ser traducidos a otras lenguas.

Una tarde Mario dejó en la facultad un libro que había traído en su mochila, al salir del edificio lanza un profundo suspiro, pasará mucho tiempo antes de volver a leer los libros originales que allí se encontraban; tiene la certeza que echará de menos un libro especial que le ha acompañado estos años. Debe coger un tren hacia el norte, el aire del sur se está enrareciendo desde su inesperado encuentro con Benítez.

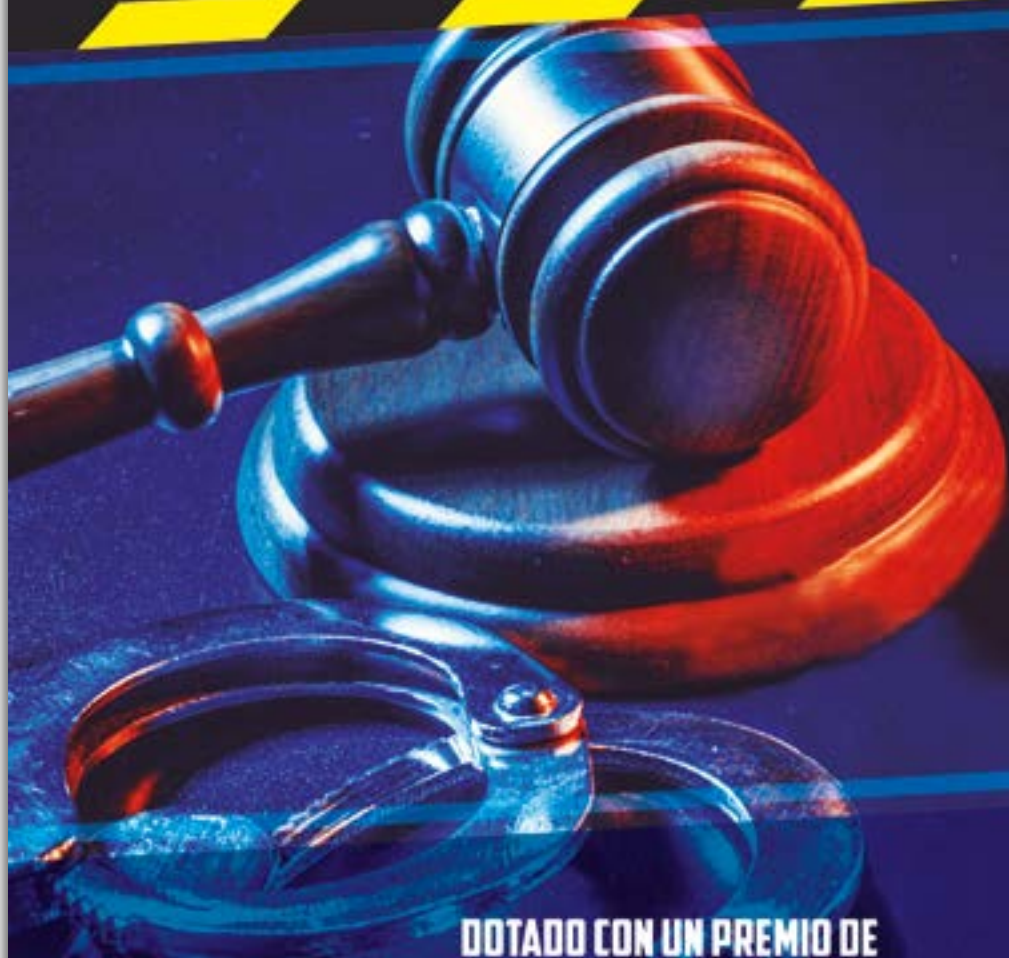
Acomodado en el vagón del AVE, Mario saca de una bolsa un viejo texto que relee desde su infancia, el libro es la “Odisea”, de Homero. Después de un rato, el traqueteo del viaje hace que cierre los ojos y sueñe con pájaros congelados que intentan volar... sin conseguirlo.

A la mañana siguiente, la ayudante de biblioteca de la Facultad Filología Inglesa de Granada vio un libro colocado en el asiento de una silla, apenas visible. Observa que no estaba catalogado, pensó que se le había olvidado al nuevo interino de la biblioteca, así que catalogó la obra y la colocó en la estantería correspondiente.

Desde ese momento todos los estudiantes de la Universidad de Granada pueden leer un ejemplar escrito en su idioma original, un libro editado en 1922 bajo el título de “Ulises” firmado por James Joyce.

CONVOCATORIA DEL
XXXIII
CERTAMEN LITERARIO

PREMIO DE
RELATO CORTO
POLICÍA NACIONAL



DOTADO CON UN PREMIO DE
3 000 €
DIPLOMA ACREDITATIVO
Y ESTATUILLA



COLABORAN



Más información sobre las bases que regulan el certamen en la web de la Fundación Policía Española **FUNDACIONPOLICIAESPAÑOLA.ES**

